



LA Editorial Nascimento acaba de publicar la última obra de don Joaquín Edwards Bello, bajo el título "Cuentos y Narraciones" en la que a través de una selección de Alfonso Calderón, nos ofrece una serie de muy amenos relatos. De ellos hemos escogido éste que se refiere a nuestra ciudad.

FUSILAMIENTO EN QUILLOTA

Voy a repetir la historia que me contó un viejo reportero jubilado de Valparaíso. A lo mejor es mentira o arreglo. Le dejo la palabra:

Fui reportero en mi juventud. Mis crónicas eran el desayuno de Valparaíso. Voy a contarles cómo la mejor de mis crónicas me costó el mayor bochorno de mi carrera. El director del diario era entonces un caballero a la antigua, austero y cabal. Bonachón y noblete, se ponía tremendo en tratándose de la veracidad de las noticias. Tenía siempre a mano la Enciclopedia Británica, para verificar los detalles de los telegramas. El caso que voy a contar se relaciona con un fusilamiento. No sé por qué la ciudad de Quillota se asocia en mi cabeza con las ejecuciones capitales. Entre chirimoyas y rosas uno que otro ajusticiado. En Quillota le pusieron grillos a Portales. El Ministro, al verlos en sus pies, dijo: "Es la primera vez que me ponen calcetines de Vizcaya". (El hierro venía de Vizcaya). Poco después pusieron sobre una piqueta, en la plaza, la cabeza de Vidaurte. Ernesto Montenegro contó lo que vio de un fusilamiento en Quillota, el de Brito, asesino del juez. Dice que Brito bebió pisca hasta el amanecer y fue al banquete con las piernas flojas, pero con la mirada gloriosa de un héroe. Antes de morir echó un discurso que hizo llorar de envidia a los reos alineados. Les dijo que moría sin avergonzarse, puesto que a Manuel Rodríguez lo habían muerto a tiros, lo mismo que harían con él. Faltó poco para que aplaudieran. Pues bien: mi caso es éste: el director del diario me dio los medios para que me trasladara a Quillota y escribiera sobre el fusilamiento del famoso Juan Neira, el bandido de moda de entonces. Las fechorías de Juan Neira eran folletines fascinantes que eclipsaban a las demás noticias, inclusive las aventuras de Docicito, el de Cabildo. El fusilamiento iba a tener lugar un lunes, al amanecer. Mi empresa consistía en visitar a Neira el domingo, en la cárcel. No debía perder detalles. Es costumbre describir al reo, la celda, lo que come la vespers y lo que pide por última gracia. Sin modestia declaro que mi crónica fue la mejor que hice en mi vida. Así y todo me costó un bochorno. Empezaba mi crónica con la descripción del Arratia, nombre del tren que me llevó, y del conductor, llamado asimismo "Cara e Guata". Conté cómo vi aparecer a Quillota esa tarde, con sus dos senos, el Moyaca y la Campana. Ahora dicen Mallico. Son los senos de la tierra. La estación estaba cubierta de olorosas flores, frutas y vendedoras morenas ofrendantes de comestibles de la región. Estas vendedoras, muy pilosas, con bigotillo, revelan sangres andaluzas y francas del Sur. Durante cierto tiempo Quillota pasó influencia francesa. Recordé mis lecturas de Darwin y de Viruela Mackenna. Darwin llamó a Quillota "ciudad de idilio y vergel". Conté mi alojamiento fugaz en el Hotel Parit, de

"Monsieur" Canapé. Estuve sólo unos minutos. En el comedor uno comía bien, pero en la habitación mil insectos se lo comían a uno. Era de noche y hacía un calor amazónico. Salí a la calle y me dirigí a la cárcel, un edificio arcaico al pie del Moyaca y pegado al cementerio. Mostré la carta que llevaba para el alcalde y después de un rato abrieron la enorme puerta con una llave de hierro que pesaría tres kilos, de esas antiguas que llaman de San Pedro. La sorpresa que experimenté al encontrarme en lo que llaman "capilla" del condenado se comprenderá si digo que vi al reo y cuatro más, iluminados por velas, con naipes en las manos, alrededor de una mesa colmada de vasos y botellas. La estampa de un grillo de sus pies. Ninguno me miró hasta después de un rato, tan ensimismados estaban en su juego. Me pareció que jugaban a la brisca rematada. Los acompañantes del condenado eran el jefe de estación, el alcalde, uno del Boco y otro al que llamaban don Baldomero. A cada instante llamaban a un asistente que servía vasos de fuerte con leche y nieve del Cerro de la Campana. Juan Neira era un hombre de estatura regular, bien proporcionado, no el gigante de que hablaban ahora. Tenía el gesto fiero de los que se bastan a sí mismos. Lo más notable en él eran los ojos. Estos ojos como los de los perros, cambiaban de color, del azul al verde y al gris. A veces ponían un ancho espacio frío entre él y las personas que le rodeaban. Entonces producían miedo. Esos ojos debían ser terribles en un acceso de rabia. Dominaban a los hombres y debían ser irresistibles para las mujeres. En efecto, los criminales de Juan Neira aparecían invariablemente inducidos en asuntos de mujeres. El último de sus asesinatos había sido el de la Pantaleona Montoya. Ustedes dirán que llamándose Pantaleona una mujer no puede ser linda; pues se equivocan. Pantaleona era una morenaza de Las Cruces, y aunque mis lectores pongan la noticia en cuarentena, voy a decir que un Presidente de Chile se enamoró cuando ella fue a ofrecerle merengues en la ventanilla del tren. Juan Neira degolló a la Pantaleona con hacha, como en los grandiosos argumentos de Calderón. El primer asesinato cometido por Neira había sido el más "simpatético", si me permiten la expresión. Mató al casero de su madre por haberla puesto, en la calle con la hermana menor. Entonces comenzó su carrera.

Ninguna descripción del reo, por inteligente que sea, puede satisfacer a uno que lo vio como yo lo vi esos momentos. Parecía que fuera el alcalde y los demás los condenados. Pidió, como última gracia, un loco de chucho y un cabrito asado de on Zúrate, de la calle Santa Isabel. Si hubiera pedido cuco y canción nacional, se las hubieran concedido. Ganó toda la plata de la mesa, unos ochocientos pesos, fortuna redonda para entonces. Gentimos dar la media de los cuatro en el reño de la Merced. Entró el capellán. Se acercaba la hora tremenda para nosotros que nos quedaríamos en este pobre mundo. Se escucharon ruidos de hierros y voces en el patio. Juan Neira hizo un paquete de los billetes y dijo al alcalde:

—Pa mi mamita.
Golpearon en la puerta. Abrieron.

FUSILAMIENTO EN QUILLOTA

EXCEPCIONAL RELATO DE
JOAQUIN EDWARDS BELLO



El capellán y dos frailes comenzaron a mascular oraciones. Se vio el amanecer sereno. No pudo negar el orgullo de chileno que sentí al ver a Juan Neira. Era la imagen del valor. Desde el banquillo se podía ver al cerro del Loco Eustaquio, dorado y solador. Gallos cantaban cerca y lejos, unos claros y otros broncos. Antes de dejarse amarrar, conforme al reglamento, Neira dijo con voz viva y entera:

—No me quejo de nadie, ni le echo la culpa al vino. Nunca perdí la cabeza para matar. Después se irguó como si se agrandara, y gritó:

—¡Viva Chile! ¡Viva don Malequías Conchal! Algunos reos, presentes en la escena, hubieran pedido más y más. Era un amanecer heroico, para pronunciamientos.

Llegó el pelotón. Siete carabinas cargadas y una descargada. El estampido rompió el cristal de la mañana. Neira inclinó la cabeza en el pecho. Un borbotón de sangre salió de su boca. Tenía el corazón y los pulmones destruidos. De la calle se oyó un grito terrible, como de mujeres que hubieran degollado. Eran de la madre y de la esposa de Neira, las verdaderas fusiladas.

—Este relato, con más o menos palabras— siguió diciendo el viejo reportero— fue reproducido en el diario. La tarde del martes me llamó el director. Su expresión era grave. Me dijo:

—Lee este telegrama. Viene atrasado. Al mismo tiempo me llegó el papel del telégrafo. Era de Santiago y decía: "El reo Juan Neira, condenado a muerte por el Fiscal, fue indultado por S. E. el Presidente de la República".

Añadió el director, mirándome con severidad:—Supe que usted, en vez de ir a Quillota, fue al campeonato de ping-pong, en casa de Fulano, la noche del sábado. Usted es más revelista que periodista.

—Es verdad—repliqué—. Su Excelencia salvó a Neira pero fusiló mi crónica.

Así habló el viejo periodista, y yo escribo lo que escuché, más o menos.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fusilamiento en Quillota [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile